

El canario de ayer y el de hoy

En 1930 don Agustín Millares Carlo pronunció una conferencia en la Asociación Canaria de Buenos Aires con el título "El Canario de ayer y el de hoy". Teníamos programado reproducir su texto en esta revista, como uno de los trabajos de don Agustín más próximos a los intereses generales de nuestra gente y más accesible al lector medio. A pesar de que los estudios posteriores han proporcionado una nueva visión de aspectos como la antropología prehispánica de Canarias, el contenido de la conferencia mantiene un interés que justifica su lectura y su inserción en las páginas de nuestra revista, que ha venido a coincidir con la pérdida irreparable que la muerte de su autor deja en la cultura de las Islas.

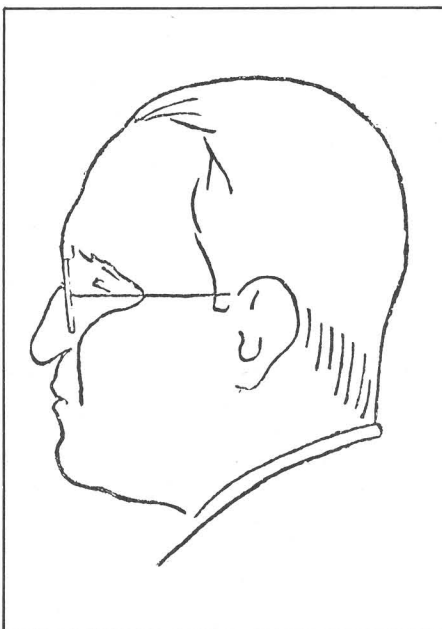
La ciencia antropológica apenas ofrece un asunto que en interés y oscuridad pueda competir con el del origen de la raza que hallaron en las Islas Afortunadas los marinos, comerciantes y aventureros de toda clase que las visitaron durante los siglos XIII, XIV y XV.

Al lector incauto de libros de viajes y de novelas parecería cosa naturalísima que los primeros exploradores de las Islas Canarias hubiesen encontrado en ellas tribus salvajes de raza negra, análogas a las que pueblan algunos territorios africanos.

En vez de ello, Angliolino del Teghia, Juan de Bethencourt, Juan Rejón y Alonso de Lugo, fueron acogidos por indígenas de pura raza blanca, entre los cuales descollaban hombres de cabellos rubios y de ojos azules, cuya estatura, rayana a veces en lo anormal, causaba admiración a los buenos capellanes y cronistas del barón normando, los señores Bontier y Leverrier; pueblo relativamente civilizado, tanto acaso, como el que más tarde había de ser testigo y víctima, a un tiempo mismo, de la fantasía y prodigiosa aventura de Hernán Cortés.

Vivían los indígenas canarios, los guanches, en sociedad regular, sometidos a un gobierno monárquico absoluto, templado por la intervención de la nobleza y del sacerdocio. En efecto, el rey Guanarteme en Gran Canaria (Mencey en Tenerife) reconocía y respetaba la influencia de los Faicanes o sacerdotes y de los nobles y guayres y agrupaba en determinadas circunstancias a dichas clases privilegiadas, formando la magna asamblea llamada Tábor en el recinto denominado Tagóror.

La religión era esencialmente monoteísta. Los antiguos habitantes del Archipiélago adoraban a un ser supremo, con el nombre de Acorán o Alcorac y dábanle culto en los almo-



garenes, especie de recinto de piedra seca que, por lo común, construían en lo más alto de sus ásperas cumbres; de ellos quedan aún vestigios numerosos en las Islas, singularmente en la de Gran Canaria, y en especial en Mogán, Tirajana y Montaña de las Siete Puertas; vense aún restos de las cabañas en que el guanche guardaba las cabezas de ganado destinadas al sacrificio y los hornos en que se las quemaba en holocausto a la divinidad.

Independientemente de los sacerdotes o «faycanes» ha podido comprobarse la existencia de verdaderas comunidades de religiosas, las «Harimaguadas», muy semejantes en sus ceremonias a las clásicas vestales, mantenedoras vigilantes del inextinguible fuego sagrado. Practicaban nuestros antepasados las tres industrias fundamentales del vivir humano, la agricultura, la pesca y el pastoreo, siendo de notar en Gran Canaria, gracias, sin duda, a la preponderancia del elemento semítico de que luego hablaré, la práctica de un rito funerario y religioso, en alto grado significa-

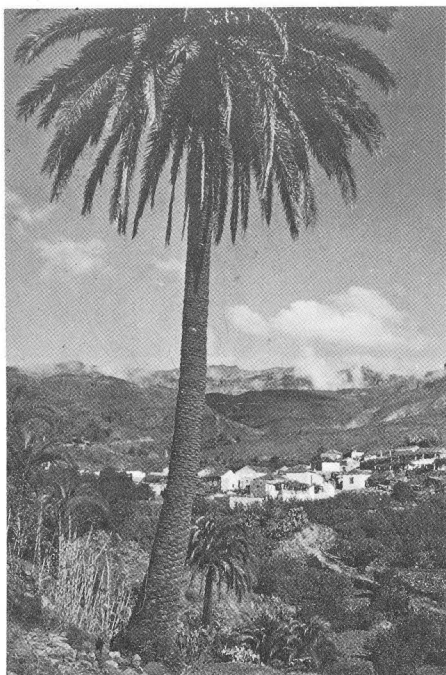
tivo: me refiero al embalsamamiento de los cadáveres, cuya relativa perfección patentiza la curiosa colección de momias que posee la ilustre y benemérita sociedad «El Museo Canario», de Las Palmas, y a la alfarería, del cual arte, que invade en este caso la esfera de la cerámica artística, se custodian en la citada sociedad hermosísimos ejemplares.

Tales antecedentes inclinan casi fatalmente el espíritu a ver en la población primitiva de las Islas Canarias los restos de alguna colonia procedente de la infanda Libia, tipo formado por la fusión del bereber con otra raza acaso procedente del norte de Europa, que impuso en la mezcla los cabellos rubios y los ojos característicos del guanche.

El Cro-Magnon, constituía el fondo étnico de la población del Archipiélago. Con él convivían en Tenerife y Gran Canaria, sobre todo en esta última isla, individuos del tipo semita, de advenimiento posterior y de civilización más avanzada que la de los primitivos pobladores. A los semitas se debió, sin disputa, el florecimiento de la cerámica y las prácticas funerarias antes indicadas, como lo demuestra el hecho harto elocuente de que aquéllas y éstas fuesen totalmente desconocidas en las islas de Lanzarote y Fuerteventura, en que dominaba el Cro-Magnon, y estuviesen muy adelantados en Gran Canaria por abundar en ella el tipo semita puro o cruzado con el otro elemento étnico.

En fin, hállese vestigios de otra raza de cráneo redondo, de origen ignorado, cuyos ejemplares se encuentran con alguna frecuencia en los cementerios indígenas de la Isla del Hierro.

En resumen: el Cro-Magnon, nacimiento y origen remoto de la raza isleña, era el pastor, el labrador rudimentario que arañaba la tierra cana -



ria, maravillosamente fértil, con un arado primitivo, el troglodita que nunca conoció el arte de la edificación: mientras que el semita inmigrado en las Islas mayores en ignorada época, era el arquitecto, el constructor de las casas isleñas, de las cuales se hallan, apenas, ejemplares, en Tunte y Gáldar de la Gran Canaria, ya que las «casas hondas» de Lanzarote y Fuerteventura son en realidad cavernas artificiales; era el importador de ritos funerarios de antiguas civilizaciones orientales y era en fin el alfarero cuyas obras, o al menos la mayoría de ellas, entran de lleno en la categoría de Bellas Artes.

Ahora bien; esa raza indígena, ese guanche inteligente, sano, fuerte, benévolo, hospitalario y hasta caballeresco y heroico, como lo demuestran muchos episodios de su humilde historia (el de la Cuesta de Silva, el del suicidio de Bentejuí, por ejemplo), ¿desapareció radicalmente, absorbido o aniquilado por la raza conquistadora?

Así lo han creído y asegurado, con notorio error, algunos historiadores, siendo hoy un hecho indiscutible —sobre todo después del admirable y documentado estudio pronunciado ante la Academia de la Historia por don Rafael Torres Campos,— la supervivencia de ese elemento étnico, y su permanencia actual en la población del Archipiélago.

Desde luego parece estar fuera de toda duda, y así lo afirman y prueban los historiadores generales de las Canarias que los personajes conspicuos de la raza vencida (reyezuelos, guayres, faycanes) continuaron residiendo en el país después de su rendición y recibieron de los conquistadores, no sólo mercedes y privilegios,

sino también terrenos y aguas en los repartimientos.

Recuérdese que al rendirse la Isla de Lanzarote a Juan de Bethencourt, el infortunado rey Guardafía solicitó y obtuvo del barón normando la concesión de ciertas tierras de labor y del castillo de Zonzamas; que los dos reyezuelos de Fuerteventura (el de Jandía y el de Majorata) recibieron del mismo conquistador casas y hogares y que después de la conquista de Gran Canaria el rey vencido don Fernando Gūanarteme, tras de ayudar a las armas españolas en la sumisión de Tenerife, fijó su residencia en Buenavista por instigación de Pedro de Vera que juzgaba peligrosa su presencia en Gran Canaria.

Frecuentes fueron asimismo los enlaces entre los miembros de las dos aristocracias, la española y la canaria, Bastará, para nuestro objetivo, citar el caso conocido del matrimonio de doña Catalina García Bencomo, hija de la gentil princesa Dácil, heroína del poema de Viana, la de «largo cabello más que el sol dorado» y «cejas sutiles que del color mismo parecen arcos de oro», con el capitán de caballos Hernán Cortés del Castillo.

Mil testimonios más podrían aducirse. De ellos resulta probado que los próceres de la raza indígena siguieron después de la conquista habitando el territorio isleño, conservando su rango y preeminencias y mezclando, muchas veces, su sangre, con la de los invasores normandos o castellanos. —¿Y el pueblo? En los ejemplos antes citados, en atención a la calidad de las personas de que se trata, resulta relativamente fácil seguir la pista a los entronques y filiaciones. Pero, en lo que concierne a las clases humildes, la tarea resulta casi imposible de realizar, a causa, principalmente, de la costumbre establecida desde los primeros tiempos de la Conquista de dar a los canarios en el bautismo los nombres de sus padrinos y protectores y la de castellanizar, traducéndolos, los apodos y sobrenom-

bres con que eran conocidos entre los suyos. Poseemos, sin embargo, un documento interesante, que arroja alguna luz en esta difícil cuestión. El Tribunal del Santo Oficio ordenó a principios del siglo XVI al inquisidor Tribaldos el levantamiento de un padrón general de los habitantes de las Islas, con indicación de cuáles fuesen españoles y cuáles indígenas. Tribaldos remitió dicho padrón—que por desgracia se ha perdido—a sus superiores; y en la carta que acompañaba al envío, hacía constar la existencia de 1.200 familias canarias «fuera de otras—añadía—que estaban mesturadas con ellas, pues con los conquistadores vinieron muy pocas mujeres y éstas casadas, por lo que la mayor porción de los conquistadores casó con las desta tierra».

La raza indígena no desapareció del Archipiélago poblado por sus mayores: el «fiero castellano» jamás le hizo guerra de exterminación, antes bien, multiplicó con ella sus enlaces legítimos o ilegítimos; se suerte que puede afirmarse que el tipo canario constituye el fondo de la población isleña, o a lo menos uno de sus factores más importantes, siendo el otro el elemento peninsular, con predominio del semita, procedente de uno de los solares dei Islam, la tierra privilegiada de «El-Andalus».

Ahora bien: han sido tantas en el transcurso de cuatro siglos las alianzas y las «mesturas», que diría el bueno de Tribaldos, entre guanches, españoles y normandos, que hoy se hace difícil dar con un canario de pura raza. No obstante, en aquellas comarcas cuyos habitantes han vivido durante esos cuatro siglos en el aislamiento, casi libres de cruzamientos con gente forastera, por ejemplo en las abruptas jurisdicciones de Artenara, San Nicolás y Mogán, de la Gran Canaria, en la isla del Hierro o en el interior de la de Fuerteventura, y aun en las cosmopolitas ciudades de litoral, por un fenómeno de atavismo no es caso raro tropezar con algún autén-



tico ejemplar de la raza guanche, hombres de prócer estatura, de anchas espaldas, nariz y boca mal formados, ojos azules y pequeños cabellos de un extraño matiz rubio, confiante con el rojo.

Pero estos hombres, que conmueven nuestra sensibilidad y nuestra fantasía como un eco del pasado remoto, no tienen de guanches más que el esqueleto, la configuración del cráneo, el color de los ojos y de la piel. Son tan españoles y tan canarios como sus convecinos del tipo semítico, enjutos de cuerpo, cetrinos de color, de poblada ceja, ágiles, sobrios y resistentes a la fatiga. Su lenguaje es el mismo, su modo de cantarlo también. Unos y otros emplean iguales modismos, utilizan las voces del misterioso idioma guanche, llegadas hasta nosotros, a saber: nombres numerosísimos de localidades, como Gáldar, Telde, Teror, Tenoya, Alajero, Tuineje, Icod, Taoro; de alimentos, como «gofio» (base del sustento del pueblo), de utensilios domésticos, como «gánigo» (especie de vasija) o de animales y plantas, como «guirre» (cuervo), «baifa» (cabra), «tabaiba» (especie de euforbia), etc.

Ambos, el Cro-Magnon y el semita tienen el mismo género de vida, los mismos ritos y prácticas en nacimientos, bodas y entierros: ambos descuellan en la «lucha canaria», el noble ejercicio tradicional de los indígenas, el mismo en que fuera maestro insuperable Doramas, el héroe de la independencia de Gran Canaria; ambos son trogloditas y conviven en los pagos exclusivamente compuestos de cuevas talladas en la roca, como la Atalaya y Artenara; ambos ejercen la noble virtud de la hospitalidad, tan franca y tan simpática, en los pueblos del interior del Archipiélago, donde no existen hoteles ni siquiera posadas, y tanto las madres del tipo rubio como las del tipo trigueño, adormecen a sus hijos con el son monótono del «arrorró» que vino a reemplazar los primitivos cantos familiares de la mujer isleña, aquellos cantos que conciliaban el sueño del niño salvaje en la sombra fresca de las cuevas.

Ese propio aislamiento casi absoluto, en que han vivido algunas regiones del Archipiélago desde la conquista hasta la época presente, nos explica que hayan sido nuestros isleños fieles guardadores del castellano que hablaban los ballesteros de Juan Rejón y de Alonso de Lugo. El pastor, el campesino de las enriscadas jurisdicciones de Teror, San Mateo, Mogán, Tejeda, dan a sus padres el tratamiento de señoría, de señor padre y señora madre y conservan la conmovedora costumbre castellana

de pedirles la bendición al encontrarse con ellos por primera vez en cada día; tratan de «su merced» a toda persona digna de respeto por su posición o saber; al dueño de la finca que llevan en arrendamiento o a medias, al médico, al cura, al notario: hablan de la hora del yantar como si vivieran en el siglo XVI; emplean diariamente formas arcaicas de lenguaje, como «trujo», «mesmo», «ansina» y «arrogostarse» y lo que es verdaderamente curioso y peregrino, conservan la pronunciación de la s sonora castellana, que sólo subsiste en contadas regiones de la Península.

Vosotros sois—hijos de la tierra en que nacimos y que vio transcurrir los años de la infancia— los representantes de esa supervivencia étnica del isleño primitivo, noble, tenaz, abnegado, honrado por naturaleza y hasta por instinto.

En vosotros, como en mí, perdura el recuerdo imborrable del solar nativo. La árida tierra de Fuerteventura, con sus arbustos retorcidos que contemplaron un día los ojos asombrados del señor de Bethencourt; el perfil armonioso de la Isleta, a trechos cortado por la clara mancha de los Arenales y del Confital y de improviso iluminado por la lumbrera del faro, que los ojos del marino buscan afanosamente en la noche, como el niño perdido en el bosque de nuestros cuentos infantiles; el abrupto acantilado de la costa tinerfeña, cayendo a pico, imponente, sobre un mar clarísimo y sereno; la exuberante vegetación de La Palma, cuyas orillas vieron partir al Rey cautivo, sepultado en la tumba inmensa del Atlántico.

Esas imágenes, proyectadas en el espíritu, adquieren a distancia insospechadas dimensiones. Y hasta los más rudos, los más insensibles, se complacen en representárselas, idealizándolas, simplificándolas. ¡Cuántas veces, tierra adentro, en pleno corazón de Castilla, hemos acariciado la ilusión de que más allá de la montaña, enrojecida en su agonía por el sol poniente, se extendiera la dilatada llanura marina y hasta nos parecía respirar la salobre fragancia de que habló nuestro poeta o el negro sollozo del mar de Víctor Hugo, que en la noche serena llegaba hasta nuestro lecho para decirnos: ¡aquí estoy, duerme tranquilo!

Y tal es el encanto del recuerdo que aún cerramos los ojos para resucitar mejor las imágenes dormidas en el fondo de la retina; y, al precisarse los detalles, llegamos a sentir los mil ruidos familiares de la ciudad que despierta, el lento esquiroleo del rebaño que cruza las calles muy de mañana, el pregón de las mujerucas descalzas, de anchas caderas, quizás con el chi-



quillo escarranchado en la cintura y sosteniendo en la cabeza, por un inexplicable prodigio de equilibrio, la cesta de sardinas, recién salidas del chinchorro de los pescadores de San Cristóbal. Y en inolvidable caravana, vemos descender a los campurrios por las carreteras que conducen a la ciudad, ellos silenciosos, con la cachimba negruzca entre los dientes, y ellas coloreadas por la marcha y el airecillo fresco que tiene olor de mariscos y de flores. Bajan desde las cumbres, y de la tela parda de las alforjas—«toscamente tejidas en el telar casero»—o de debajo de la amplia manta que forma la capa del «mago» tinerfeño, se ve surgir el disco blanco y jugoso del queso de flor, que por su solo nombre más parece manjar de dioses que de mortales. Y ellas, las feligresas, van sacando de las cestas, envueltas, que conservan en su superficie gotas de rocío, las pellas de manteca, acaso fabricadas por sus manos y que ellas ponderan siempre de igual modo, torpemente, con esa inocencia que constituye el fondo del carácter del campesino isleño.

En días domingueros el recuerdo adquiere otros matices. Era el día en que las manos maternas extraían de la cómoda, que al abrirse exhalaba olor a manzanas, el traje festivo, el que nos poníamos para llevar la «naveta» o cargar con el estandarte en las procesiones de Semana Santa. Ese día de domingo cruzan las calles de la ciudad unos hombres serios, vestidos de negro de la cabeza a los pies, con el sombrero ladeado sobre la oreja y el eterno cigarro en los labios: son los hombres de Arucas que vienen a apostarle sus buenos patrones al gallino de San José o al «canabuey» invencible de Fuera la Portada. Y con la imaginación nos trasladamos a los muelles y nos complacemos en mezclarnos a los grupos de «roncotes», que cuentan andanzas marineras «en las que acaso fueron los héroes un día». Todos están enronquecidos por el hálito del mar y por el masticar incansable del tabaco



«piola», por lo general hay uno que lleva la voz cantante, y narra alguna escena de pesca en la costa africana.

Suele ser algún viejo que ya no navega y que, al añorar las pasadas aventuras, se ofrece sin modestia como ejemplo a los otros más jóvenes que le escuchan en silencio, asintiendo gravemente. A veces buscan el refugio de alguna «tiendita» y beben sus rondas. Recordemos a nuestro poeta del mar que supo encerrar la imborrable escena en los límites estrechos de un soneto:

*La taberna del muelle tiene sus atracciones
En esta silenciosa hora crepuscular.
Yo amo los juramentos de las conversaciones
Y el humo de las pipas de los hombres de mar.
Es tarde de Domingo. Esta sencilla gente
La fiesta del descanso tradicional celebra;
Son viejos marineros que apuran lentamente
Pensativos y graves sus copas de ginebra.
Uno muy viejo cuenta su historia; de grumete
Hizo su primer viaje el año treinta y siete
En un patache blanco fletado en Singapur,
Y contemplando el humo relata conmovido
Un cuento de piratas de fijo sucedido
En las lejanas costas de América del Sur,*

El recuerdo se desplaza; ahora nos hallamos en pleno campo, e intentamos aprisionar los mil detalles de la plácida vida pueblerina. Hay un sendero largo, sombreado por los árboles de la pomarrosa, y una acequia clarísima en cuyo remanso croan las ranas, al atardecer. Cerca, a dos pasos, está la finca del indiano: él viste amplio traje de seda cruda con el jipijapa de alto precio y luce sobre el abdomen la rutilante leontina de oro. Es el hombre que estuvo en La Habana, el que amasó su fortuna—Dios sabe a costa de qué sudores y sacrificios— en Venezuela, en el Perú, o en la Argentina—. Para el no cultivado cerebro del campesino isleño, la única tierra existente fuera de sus peñas es La Habana un sitio misterioso y risueño, especie de tierra de promisión, de donde se vuelve con traje de seda cruda y leontina de oro. Esto es Bana, suele oírse en las Islas en tono ponderativo; y todos recordaréis que cuando dos campesinos se hallan en el caso de traspasar juntos los umbrales de una casa, suele oírse un diálogo parecido a este:

—Pase, compadre.

—No, compadre; pase usted.

—Usted primero que estuvo en La Habana.

—Bueno; pues a la par y a un tiempo.

Ingenuidad, inocencia, si queréis: pero ¡qué profundo encanto tiene para mí recordar esas escenas en un instante como éste! Esos campesinos son los mismos que aún invocan a la hora del yantar el nombre de Dios que se sirvió darles de comer sin haberlo merecido; gente ruda y sobria para quienes el trabajo no es un castigo, como suele serlo para el hombre de la ciudad, sino una bendición. Y que al anochecer, mientras la señora madre asa en el brasero la piña rojiza y la espolvorea de sal, se complacen con algún cuento de brujas, de aquellas brujas que hacían «maleficios» y escapaban por la chimenea cabalgando en un «pírgano», o recitan romances de pura cepa española, de esos que ya no se oyen sino en el corazón de la tierra castellana. Para conocer bien todo el encanto de esas existencias humildes, es preciso haber convivido con ellas, haberse agrupado en torno al amplio lebrillo de gofio amasado, sin más asiento que las duras piedras del suelo: es necesario haberlos sorprendido en sus fiestas familiares, en sus «últimas», bailando gravemente con los ojos bajos y a respetuosa distancia, o haber oído cantar a los viejos los aires de Lima en improvisadas estrofas:

*Los aires de Lima quiero
mi bien contigo bailar,
que antes que te pongas vieja
contigo me ha de casar.*

Mientras repite el estribillo:

*Ay, más ay, más ay,
Contigo me ha de casar.*

Y todo el canto, suave, lánguido, desmayado, va y viene, dilatándose, extendiéndose en medio de un paisaje que ríe y se ilumina bajo la azul serenidad.

Espíritus excepcionales, el de don Benito Pérez Galdós, por ejemplo, la más pura gloria literaria del Archipiélago, no olvidaron, a pesar de los años y de la distancia, todo el cúmulo de recuerdos que he intentado esbozar. Permitidme que recuerde los últimos años del Maestro: a su hotelito de la calle de Hilarión Eslava acudimos unos cuantos, no todos los que debieran—que la ingratitud y el olvido suelen ser la recompensa humana de una vejez gloriosa.—Al atardecer—ya en el lecho—nos recibía el creador de León de Albrít y de Marianela. Diríase aquella la habitación de un estudiante modesto. La cabeza descarnada surgía de entre las sábanas y la voz inolvidable hablaba

de sus recuerdos juveniles, casi constantemente. Las campanas de una iglesia cercana le entretenían, evocándole el repicar de la Catedral de Las Palmas llevado al pentágono por Camilo Sain-Saens. Recordaba tipos y figuras del solar canario y más de una vez le oí contar el caso de aquella buena señora que vivía en Madrid obsesionada por el recuerdo de las Islas, y que creyendo ver por todas partes hijos de su tierra, un buen día, en plena Puerta del Sol, abordó a un sujeto de amplio sombrero y anchurosas espaldas, espetándole, con gran asombro del interpelado, esta inefable pregunta: «Cristiano, ¿usted es de Telde?».

¿Cuántas inolvidables figuras de las novelas galdosianas no fueron creadas por su autor a base de tipos entrevistados en su tierra natal? Que si la vida fatalmente le alejó de ella, esos recuerdos de sus últimos tiempos, que personalmente tuvo la dicha de conocer, prueban que en su espíritu seguían viviendo las imborrables reminiscencias de los tiempos juveniles.

Es grande el consuelo que al espíritu produce la contemplación del ejemplo que dan los hijos de nuestro Archipiélago, en él y fuera de él. Dentro de las corrientes actuales de la ciencia, la literatura y el arte, los isleños forman un nutrido grupo, una verdadera pléyade que habla elocuentemente de las cualidades de esa raza cuya supervivencia y caracteres he querido evocar. La calle de Cano, perdida en el seno de una peña atlántica, vio nacer al patriarca de las letras hispanas, que con su vida y su obra trazó una trayectoria luminosa que arranca del humilde rincón isleño y acaba en la gloria de los elegidos. Y para hablar tan sólo de los que ya no existen veo representármese la figura recia, fuerte, marcada en la frente con el signo de los predestinados de Tomás Morales, que cantó con infinita melancolía nuestro

*Puerto de Gran Canaria sobre el sonoro
Atlántico*

*Con sus faroles rojos en la noche calina
Rielando en la movible serenidad marina.
Y el disco de la luna sobre el azul romántico*

La tradición, por dicha nuestra, no se ha roto; dispersos por el haz de la Tierra los hijos del Atlántico vuelven amorosamente los ojos hacia el suelo patrio y saben encontrar nuevas energías en el contacto mutuo, en el mutuo apoyo, en la unión espiritual, para decirlo con una sola palabra.

Yo os invito a ella, paisanos y amigos, que sois ejemplo elocuente de lo que pueden la constancia, el cariño consciente hacia la patria remota.